

AURELIO FERRERAS

SEMBLANZA DE UN SACERDOTE,  
UN COMPAÑERO Y UN AMIGO

(Separata de Studium Legionense, nº 35 – 1994)

León 1994

# SEMBLANZA DE UN SACERDOTE, UN COMPAÑERO Y UN AMIGO

Como amigo y compañero de lucha en la cátedra y el altar de don Antonio, me creo una fuente primaria y única de información para hablar de esta figura esclarecida de nuestra historia leonesa. Nuestra amistad se extiende desde el 25 de Mayo de 1929 en que los dos fuimos ordenados sacerdotes por el último obispo leonés, don José Álvarez Miranda, hasta su muerte prematura, exactamente en 1969. No lo conocí en el Seminario por el simple hecho de que él estudió en su pueblo nativo de Valderas y yo hice mis estudios eclesiásticos en León.

Después de nuestra Ordenación Sacerdotal, él fue destinado a la diminuta aldea de ANTIMIO y, lo que él decía con mucho énfasis, "VILORIA DE LA JURISDICCION". Eran los tiempos de la República, tiempos difíciles para todos los sacerdotes de España.

Nuestra amistad se acentuó cuando él fue destinado a San José de las Ventas y yo preparaba en León mis oposiciones de Magisterio. Yo le ayudaba en su tarea de sembrador de la palabra en su iglesia de las Ventas.

Después de 2 o 3 años en San José de las Ventas, el Señor Obispo, dándose cuenta de sus cualidades intelectuales, le destinó a trabajar en el "DIARIO DE LEON", del que fue director por algún tiempo. Ahora nos veíamos diariamente, siendo él profesor de religión y filosofía en el colegio de las Carmelitas en la entonces calle de Guzmán el Bueno y hoy conocida por el nombre de Cardenal Landázuri.

La providencia nos vino a unir más al ser más tarde los dos profesores de las Carmelitas antes citadas, siendo nuestro trato siempre diario y amistoso.

El celebraba la Santa Misa en la Iglesia de San Pedro de los Huertos. Predicaba su devota homilía cada domingo y todos le consideraban como un sacerdote entregado y ejemplar. Por aquel entonces, estaba al frente de la biblioteca Azcárate, de la Fundación "Sierra Pambley" que quedó convertida en centro de crítica literaria, donde acudían todos los que en León tenían alguna inquietud cultural. Por aquel entonces, comenzamos los dos a dar nuestro paseo vespertino cada día de 8 a 9 de la tarde, hasta la Plaza de Toros. Esto no fue sólo por unos meses, sino por más de 20 años.

En nuestro paseo de amigos salían a relucir todos los problemas civiles y religiosos y yo pude apreciar cómo aquel hombre estaba completamente al corriente de todo. Los movimientos teológicos de entonces en Francia y Alemania eran para él algo familiar y más que conocido.

Recuerdo, a este propósito, que por este tiempo le llamó el párroco de Avilés a predicar la novena de la patrona de la villa que era la Virgen de la Asunción. Esto lo hizo muchos años. En una de estas ocasiones, el alto clero ovetense, viendo en él la figura de un pobre "curín de pueblo", le invitaron a dar una conferencia después de la comida que se celebró al terminar la novena. Es muy interesante que aquéllos que antes de la conferencia se preguntaban quién sería aquel "curín", unánimemente comentaban entre ellos ¡Vaya "curón", señores, vaya "curón"! Uno de los que le llamaba también a predicar en las fiestas patronales era el párroco de La Robla.

Los conocimientos de don Antonio no se reducían a las ciencias sagradas y la literatura. Su mente parecía ser una cámara fotográfica que guardaba indeleble cuanto leía en cualquier libro, fuera lo que fuera. Prueba de ello es que una vez que dio una conferencia en la Casa de Galicia en León, después de la misma, alguno de los asistentes se acercó a él y comentaba: "Don Antonio, ya se ve que ha recorrido Vd. Galicia de parte a parte". A ello don Antonio sencillamente respondió: "Señor, le digo la verdad, pero jamás he pisado su tierra".

También es muy revelante el hecho de que, otra vez que dio otra conferencia a los médicos de la capital, al terminar ésta, uno de los galenos de la Ciudad de los Guzmanes se acercó a él para felicitarle y le dijo sencillamente: "¡Don Antonio! Está Vd. más enterado de las corrientes de la medicina actual en Europa que nosotros". Él no supo qué responder; pero la verdad es que no había fronteras para sus conocimientos.

Recuerdo otra vez que, en nuestro acostumbrado paseo, me entregó un "mamotreto" diciéndome: "Toma, Aurelio. Léelo, pero no vas a entender nada". Después de pasar varios meses con mi "mamotreto", le pregunté un día: "¡Antonio! ¿Cuánto tiempo te llevó a ti leer este librote?" y lacónicamente respondió "¿A mí? Tres horas." "¿Pero, cómo?" le dije yo inmediatamente. Y sencillamente me respondió: "¡Aurelio! Hay que leer las ideas y no las palabras".

Lo sorprendente de esta figura relevante en nuestra historia leonesa no es sólo su capacidad de captar las ideas, sino también su habilidad para comunicarlas a los demás. Baste decir que fue el mismo arzobispo de Tarragona quien le invitó a dar unas conferencias a sus seminaristas y, aprovechando un paseo que daban juntos, el Arzobispo le pidió que le explicara un poco qué era el existencialismo. Al terminar la

explicación, el Arzobispo, muy agradecido, le dijo: "Ahora sé, por primera vez, lo que es el existencialismo". Esa capacidad de comunicar sus ideas lo saben muy bien todos los actuales sacerdotes de León que pasaron por sus aulas en los dos Seminarios de la ciudad.

Los señores obispos se dieron bien cuenta de esa capacidad de retener cuanto leía, siendo verdaderamente una enciclopedia ambulante. Por eso le nombraron profesor de los dos seminarios aunque no tenía título alguno, ni civil, ni eclesiástico. Tanto don Ángel G. Álvarez, que ganó la cátedra en la Complutense al actual filósofo Julián Marías y llegó a ser Subsecretario del Ministerio de Educación Nacional, como el obispo de Salamanca estaban muy interesados en que consiguiera un título universitario. Pero en su humildad sacerdotal, nunca tuvo más ambición que leer y comunicar sus conocimientos a los demás.

Habiendo sido mentor de don Ángel G. Álvarez en León cuando éste era un maestro nacional y hacía su servicio militar, éste le pedía ahora que fuera a Madrid e hiciera un simple cursillo para darle el título, cosa que hizo también el obispo de Salamanca, pero don Antonio, cuando sus amigos le animaban a conseguir el título y hacer oposiciones, respondía sencillamente: "Yo no quiero oponerme a nadie".

Sus conferencias llegaron a los seminaristas de Astorga, Oviedo, Tarragona y a toda la intelectualidad leonesa de sus días. Recuerdo una tanda de estas conferencias que le encargó el señor obispo en el palacio episcopal y en el casino que estaba en la Plaza de Santo Domingo. Estas conferencias estaban presididas por el señor obispo y médicos, abogados, ingenieros y todos los intelectuales de la capital estaban de acuerdo en reconocer la amplia erudición de mi buen amigo don Antonio.

Sus méritos fueron pagados nombrándole Beneficiado de la Catedral y ayudante del archivero diocesano. Esto se convertía en un tormento para él, pues no veía el orden que él exigía para la investigación.

Las conferencias de don Antonio eran siempre un verdadero diálogo entre ciencia y fe. Y, desde este prisma sacerdotal, siempre hacía una verdadera labor de apostolado. Quien diga que mi buen amigo sólo fue un buen literato o buen poeta, está muy equivocado. Yo estoy convencido de que, ante todo, mi buen amigo fue un verdadero sacerdote.

Recuerdo también que en las Asuncionistas se le nombró profesor de una asignatura que nadie quería ni entendía. Pero para él no había fronteras en los campos del saber y de la ciencia.

Un dato que me parece curioso es que, actuando de corresponsal del "DIARIO"

y para enterarse de cómo iban los frentes en lo que él llamaba siempre "El Movimiento Nacional", se presentó un día en la casa de los Chicarros que estaba ubicada donde está hoy la Obra Hospitalaria de Nuestra Señora de la Regla. Como iba vestido de militar para visitar los frentes cuando era necesario, salió a la sala de espera el Jefe de las Operaciones del Norte, General Aranda. Al verle vestido de militar, el General dijo inmediatamente: ¡"Firme"! Después de repetirlo por tres veces y no obtener resultado alguno, don Antonio se levantó, se dirigió al General y le dijo: "¡Mi General!" No soy soldado, soy un sacerdote buscando las noticias del frente para el DIARIO. Y el General Aranda dijo un poco malhumorado: "¡Coño! Pues, dígalo pronto".

Llamado una vez por el mismo Gobernador para consultarle alguna cosa de su interés, le oyó toser en el recibidor y al darse cuenta de que era don Antonio el que tosía, salió inmediatamente del despacho y dijo sencillamente: "¡Don Antonio! Pase".

No puedo omitir que, en nuestros paseos de tantos años, nos acompañaban muchas veces los ahora bien conocidos poetas Victoriano Crémer, Antonio Pereira, Antonio Gamoneda y Luis López Anglada que, como militar, estaba en el Ejército en León. Lo que ellos recibieron de su mentor intelectual, mejor lo sabrán ellos que yo.

No se pueden pasar por alto sus bien conocidas charlas por Radio Popular que escuchaba todo León. Y es sorprendente que, para sus charlas, lo más que llevaba era alguna nota que se podía resumir en un papel de fumar.

Don Antonio murió a la temprana edad de 64 años. Yo, siendo de su misma edad, le he sobrevivido 25. La Catedral, donde se celebró el funeral, estaba abarrotada de gente. Al salir, puedo decir que vi llorar a Victoriano Crémer. Había perdido a un verdadero amigo. Yo también.

Aquí les queda, queridos y pacientes lectores, el retrato no de un poeta, un escritor o un intelectual, sino, más bien, de un compañero de lucha en la cátedra y en el altar, de un hermano sacerdote y, sobre todo, de un amigo. A mí no me dijo nunca lo que algunos de sus alumnos dicen que les aconsejaba: "Haced muchos, muchos, muchos versos y, cuando sepáis lo que es poesía, los romperéis todos".

A mí siempre me trató don Antonio como un verdadero compañero y un amigo. Cada día que me despedía, por la tarde, después de nuestro acostumbrado paseo, siempre me decía en latín: "Usque mane". Y yo, como profesor de latín que era también en las Teresianas y en las Carmelitas, le contestaba: "Deo volente".

Ahí queda, temblando en esta aterida noche leonesa, mi tributo a mi hermano y a mi amigo, don Antonio. Sea éste como una corona y un laurel depositados ante su tumba donde todavía se ven flores de corazones agradecidos.

Entrado ya en mis 90 años que cumpliré el 1 del próximo diciembre, edad que contaría también mi amigo y mi hermano en el sacerdocio de haber vivido, puedo afirmar que, gracias a Dios, no he olvidado mi latín que enseñé a muchas generaciones de juventudes leonesas. Por eso, quiero despediros y agradeceros vuestra atención con esta clásica frase: "FACIANT MELIORA POTENTES".

GRACIAS.

**Aurelio Ferreras**